28
15

CÍRCULO CATÓLICO DE OBREROS

DE BURGOS

DISCURSO

DEL

Sr. D. Valentín Jalón y Gallo

leido el día 1.º de Junio de 1902

en la sesión inaugural de los nuevos locales.

BU
1747
(28)

BURGOS:
Imp. y lib. de los Hijos de S. Rodríguez.

T. 37509
C. 54707

BPE Burgos
3354707 BU 1747 (28)
BU 1747 (28)

R-91.463-
BU-1747 (28)

CÍRCULO CATÓLICO DE OBREROS

DE BURGOS

DISCURSO

DEL

Sr. D. Valentín Jalón y Gallo

leido el día 1.º de Junio de 1902

en la sesión inaugural de los nuevos locales.

90

BURGOS:
Imp. y lib. de los Hijos de S. Rodríguez.

DISCURSO

del Presidente del Consejo de Gobierno del «Círculo católico de Obreros» de Burgos, Sr. D. Valentín Jalón y Gallo, y leído en la solemne sesión inaugural celebrada el día 1.º de Junio de 1902, bajo la Presidencia del Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Arzobispo de la Diócesis, con motivo de instalarse aquella asociación en su nuevo domicilio.

EXCMO. Y RVMO. SEÑOR:

EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES:

SEÑORES:

Al tener hoy lugar, en el nuevo edificio, la inauguración solemne del CÍRCULO CATÓLICO DE OBREROS de Burgos, cumple su Consejo de Gobierno el deber de saludar y manifestar viva gratitud á las dignísimas Autoridades y muy distinguidas personas que, al honrarnos con su asistencia, contribuyen al mayor realce y esplendor del acto, y á mostrar desde sus comienzos los sentimientos de simpatía, afecto é interés que en las clases superiores y directoras ha de despertar

esta fiesta obrera, aurora de un nuevo día, que esperamos sea iris de paz y de honrado bienestar para esos modestos trabajadores, objeto de nuestros afanes.

Mas la magnitud y trascendencia de la empresa que acometemos, las dificultades que la complejidad del asunto determinan en la vida real y práctica, y la misma extensión y naturaleza del bien á que aspiramos, exigen imperiosamente el auxilio, la cooperación de todos. Y si este auxilio, esta cooperación ha de sernos concedida, justo es os demos cuenta de los fines qne pretendemos y de los procedimientos ó medios que hemos de emplear para alcanzar la realización de aquellos en el mayor grado posible.

Todos, señores, sabeis, que en los tiempos actuales, la cuestión económica, la llamada cuestión social, muy especialmente en lo que afecta á los obreros, ha llegado á tomar caracteres de tal gravedad, y ofrece síntomas tan agudos, que su solución se impone como necesidad inmediata é inexcusable.

Es antiguo axioma que los conflictos, lo mismo en el orden jurídico que en el social, nacen de la infracción de una ley civil ó de una ley moral.

El obrero se encuentra mal porque se vé aislado, solo, abandonado, sin protección eficaz, ante

las necesidades morales y materiales cada vez mayores y más apremiantes de la vida, en la trasformación que se opera en la sociedad.

Sus elementos son escasos; su condición social desventajosa; con mucho trabajo cumple en lo humano su misión sobre la tierra; si tropieza, si cae, si la enfermedad ó la desgracia se ceba en él ó en los suyos, ¡es mucha su soledad!, tiende los brazos á su alrededor y no siempre encuentra los de su prójimo, los de su hermano, que le sostengan y alienten, siente el vacío y presiente á la vez que se aproximan los horrores de la miseria que en su estado precario flotan de ordinario sobre su modesto albergue. Su triste situación quebranta su ánimo; debilita su vista para mirar á lo alto; adormece en su alma los sentimientos de fé y de esperanza, porque busca la caridad, que no se le acerca; y este pobre obrero, maltrecho, arrollado por su propia flaqueza, se entrega á descabelladas ideas, á propósitos desatinados, uniendo así á la miseria material la miseria moral.

El sabio Pontífice León XIII en su carta encíclica encaminada á que se mejore la condición de los obreros, dice: «Los aumentos recientes de la industria y los nuevos caminos por que van las artes, el cambio obrado en las relaciones mútuas de amos y jornaleros; el haberse acumulado

las riquezas en unos pocos y empobrecido la multitud; y en los obreros la mayor opinión que de su propio valer y poder han concebido, y la unión más estrecha con que unos á otros se han juntado; y finalmente, la corrupción de las costumbres, han hecho estallar la guerra. La cual guerra, cuanta gravedad entraña se colige de la viva espectación que tiene los ánimos suspensos, y de lo que ejercita los ingenios de los doctos, las juntas de los prudentes, las asambleas populares, el juicio de los legisladores, los consejos de los príncipes; de tal manera, que no se halla ya cuestión ninguna, por grande que sea, que con más fuerza que esta preocupe los ánimos de los hombres.» Más adelante añade: «Como quiera que sea, vemos claramente, y en esto convienen todos, que es preciso dar pronto y oportuno auxilio á los hombres de la ínfima clase, puesto caso que sin merecerlo se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa.» Expone después el Santo Padre los medios que han de emplearse para solucionar la contienda social promovida y las asociaciones para mejorar la condición del proletariado, y afirma: «Mas corresponde el primer lugar á las asociaciones de obreros, que abarcan ordinariamente casi todas las cosas dichas.»

Las palabras de Su Santidad nos persuaden de la urgente necesidad de atender á mejorar la condición de los obreros, acortar la distancia entre estos y los amos, suavizar sus relaciones, para solucionar el conflicto social planteado, y dar cumplimiento á un precepto evangélico, á una ley moral, que á todos obliga; y á la vez nos enseña que el mejor medio para conseguirlo, son las asociaciones de obreros católicos, precisamente aquello para que aquí estamos reunidos.

Habeis oido que hace 19 años un virtuoso Sacerdote fundó en esta Ciudad un Círculo católico de Obreros; que en momentos de la mayor oportunidad, y cuando la condición de los tiempos más lo demandaba y la voz del Santo Padre se oía una y otra vez en el órbe católico pidiendo que se atienda con especial solicitud al obrero, que se cuide de su bienestar material, á la vez que de su perfeccionamiento moral, y exhortando para la creación de asociaciones de obreros católicos, un ángel de la Caridad, una noble dama burgalesa, insigne por sus virtudes y su modestia, obedeciendo á los impulsos nobilísimos de su corazón bondadoso, hizo construir este palacio de los obreros, cediéndole con espléndida generosidad para que sirva como base y fundamento de esta católica asociación, de la que, con la ayuda de

todos, espera mucho bien para esos honrados obreros.

No somos llamados, ni es este momento ni ocasión para examinar ni discutir los graves problemas que encierra la llamada cuestión social. Y menos esa série numerosa de sistemas, escuelas y teorías que, apartándose de la fuente única de toda verdad, agitan los ánimos, turban las conciencias y trastornan los pueblos, para presentarnos como solución, ó al hombre convertido en un sér dotado solo de sensaciones, de instintos, poco superior al irracional, y desde luego más desgraciado que este, ó pretenden la desaparición ó mutilación del individuo, en su propia personalidad, de la familia, de la propiedad y de la sociedad, cual si para curar ó mejorar un miembro enfermo ó delicado se preconizara la muerte del paciente.

Nuestra misión es más modesta en el orden científico y desde luego más positiva en el orden real.

El calificativo que lleva este Círculo y el artículo 1.° de su Reglamento en el que se dice que aquel tiene por objeto procurar el bien moral y material de los obreros, inspirándoles amor á la familia y al trabajo, instruyéndolos conveniente mente y proporcionándoles medios para socorrerse en sus necesidades y para recrearse honestamente,

expresan bien claramente en qué doctrinas hemos de inspirarnos, qué preceptos hemos de cumplir en el desenvolvimiento de nuestra empresa, doctrinas y preceptos en los que se encuentran resueltos todos los problemas y disipadas todas las dudas.

La Historia demuestra que en la antigüedad, cuando aún no había llegado la plenitud de los tiempos anunciada por los profetas, el hombre, solo por serlo, no tenía derecho alguno. La palabra «Humanidad» era desconocida, carecía de significación. Los historiadores cuidan de advertir que al hablar en aquellos tiempos de derechos, lo mismo civiles que políticos, se entienda que se refieren solo á la raza conquistadora, á los dominadores. Los vencidos, los desgraciados, reducidos á la servidumbre, á la esclavitud, no eran considerados como ciudadanos, ni aun como hombres, sinó como cosa, como propiedad, sobre la que tenían los amos el derecho de usar y abusar, el célebre «jus utendi et abutendi», hasta el punto de que si alguna vez trata la ley de protegerles contra la crueldad de que eran objeto, no pretende mejorar su condición, sinó que no sufra la riqueza pública al consumirse aquellas máquinas animadas, aquellos hombres solo conservados por el lucro que podía representar su trabajo.

Veis, pues, como despojado el hombre de la parte inmaterial, de aquello que le acerca á la Divinidad, el derecho es la fuerza, y esta siempre, en todo el curso de la historia del mundo, reside en unos pocos que imponen duro yugo á la multitud, con la que ningún lazo fraternal les une.

De modo que, si por un retroceso imposible, si por un desvarío insensato, se considerara al hombre solo en su parte material, sin algo común y superior que le uniese á los demás hombres, sin otras relaciones entre sí que las meramente humanas, sin la fraternidad, en suma, de la Religión católica, no lo dudeis, es ley de la Historia, los horrores de la antigua esclavitud, las porfiadas y sangrientas luchas de los plebeyos en Roma para alcanzar ficciones de derechos en medio de una vida miserable y envilecida, volverían, no con aquellos nombres, no de la manera como entonces existieron, sinó acomodados á las circunstancias de los tiempos. Tendríamos hoy también unos pocos que, más fuertes, más inteligentes, más audaces que los demás, ejercerían sobre el pueblo una tiranía tanto más despiadada, cuanto que no verían razón alguna para considerar al hombre de otro modo que como uno de tantos organismos, más ó menos perfectos en su estructura, que viven ó se mueven en la tierra.

De donde resulta, que lo que dignifica, lo que ennoblece, lo que confiere al hombre, tan solo por serlo, respeto y derechos, como deberes mutuos, es aquello imperecedero, aquello que le diferencia esencialmente y le eleva sobre todo lo creado, aquello que no puede quitar ni atropellar ningún poder de la tierra, y que por ser común y superior á la humanidad, obliga á todos los hombres por igual á respetarlo y rendirlo homenaje, bajo sanción que está por cima de los más poderosos.

Por esto, cuando en la cumbre del Gólgota se desenlaza el tremendo drama, y se consuma el sublime, cruento sacrificio; cuando del pié de aquella antes infamante cruz, signo hoy glorioso de redención, surge potente foco de vivísima luz que alumbra las conciencias en el universo entero; cuando se predica la buena nueva, la doctrina de Jesucristo, y al proclamar al Dios único se proclama la unidad del linaje humano, la fraternidad y la igualdad de los hombres destinados al mismo fin, queda destruida toda diferencia original, toda distinción de razas, en la fraternidad cristiana.

El mundo entonces oye absorto estas sublimes y sencillas palabras: «Dios es uno; todos los hombres son iguales; amaos, pues, los unos á los otros,

como os ama vuestro Padre celestial, que estará con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

Nace de aquí, como dice un ilustre historiador, una nueva sociedad que aproxima las ramas separadas de la gran familia humana, y reune los pensamientos de todas las generaciones y de todos los siglos en un vínculo de fé, de esperanza y de amor, cuyo nudo está en el cielo.

La Caridad se impone en una Religión toda de amor, que en cada hombre ve un hermano, al que consolar en sus aflicciones y socorrer en sus necesidades.

Dedúcese, pues, que solo en las consoladoras y amorosas doctrinas de la Religión católica y en sus sencillos preceptos, podemos encontrar principios y reglas de conducta que nos sirvan de norte y guía para el cumplimiento de los deberes que nos han sido impuestos, no ya solo por lo que hace á nosotros mismos, sinó en relacion con nuestros prójimos, que son nuestros hermanos, singularmente respecto de aquellos que más necesitan nuestra ayuda por su condición social.

Y atender á estos es tanto más necesario, cuanto que la gravedad de los problemas sociales planteados dimana, en gran parte al menos, de la infracción de la ley moral de amor y caridad cristiana, desatendida ú olvidada por la codicia ó

la indiferencia, olvido que aprovecha el mal, secundado por la ignorancia.

Es indudable que el egoismo y la desidia de los católicos abre brecha y deja campo para que en el corazón de la sociedad, sobre todo en el de la masa obrera, penetren, corrompiendo sus sentimientos y envenenando su alma, esas doctrinas insanas, esas ideas destructoras de los fundamentos sociales, que atacan principalmente las enseñanzas de la Iglesia católica porque saben que ésta es el sostén único y seguro del orden y de la paz, y que predica un reinado de virtud, de verdad y de justicia, valladar infranqueable al mal, al desorden y al vicio.

No ignoran tampoco los propagadores de esas falsas doctrinas que, si las familias constituyen la sociedad, el individuo forma la familia; por esto hoy su inícua campaña se dirige principalmente al individuo, ya que si éste aspira el veneno de impías doctrinas, sus deletéreos vapores irán derechamente á la familia y por consecuencia á la sociedad, cuyos fundamentos todos tratan de destruir.

Ante la marea, cada vez más violenta, de la impiedad y del desorden, es urgente, señores, que todos los católicos, todos los patriotas, acudamos de buena voluntad á ocupar nuestro puesto en el combate; á fortalecer la parte débil del edificio

social, porque á más de todo es un deber cívico de buenos ciudadanos, que no podemos negar á la madre patria, y todo abandono por nuestra parte sería en muy corto plazo de funestas consecuencias.

Porque, si como hemos visto, los ataques más duros se dirigen contra el catolicismo, y los trabajos, los halagos y hasta las amenazas, según los casos, llevan por fin la perversión del individuo, claro está que si consiguen amortiguar el primero en los corazones, y pervertir al segundo, la familia y la sociedad sufren sus perniciosos efectos. Y ved, que esto hiere lo que el hombre más ama: religión, familia, patria, propiedad.

De modo que, si el sentimiento religioso no impulsara las conciencias, si el patriotismo no influyera en los entendimientos; la propia conveniencia, el instinto de conservación determinaría la unión de todos contra el enemigo común.

Porque, no hay que dudarlo, señores, la condición de los tiempos no consiente que permanezcamos cruzados de brazos, cual indolentes musulmanes.

El edificio social es objeto de rudos ataques y momentos hay en que parece se le ve bambolear.

Acaso, acaso, esos ataques sean estímulo providencial para que salgamos del profundo letargo

en que há tanto tiempo nos encontramos y volvamos la vista á aquello de donde procede toda verdad.

«La mejor medida, dice un respetable escritor, de la solidez de un orden social, es la mayor ó menor influencia que las ideas religiosas ejercen en su seno.» Y, añade otro: «Lo que es la salud respecto de los individuos, eso mismo son la paz y el orden respecto de la sociedad.»

Nos dice el Santo Padre: «Las cosas y los hechos que recordamos son tales, que no dejan lugar á duda alguna, á saber: Que con las máximas cristianas se renovó de alto á bajo la humana sociedad civil; que por virtud de esta renovación se mejoró el género humano, ó más bien resucitó de muerte á vida y adquirió tan grande perfección, que ni hubo antes ni habrá en las venideras edades otra mayor. Y, por fin, que de todos estos beneficios es Jesucristo el principio y es el término; porque nacido de Él, á Él todos se deben referir. Efectivamente: cuando recibió el mundo la ley evangélica, cuando aprendió el grande misterio de la Encarnación del Verbo y Redención del género humano, la vida de Jesucristo, Dios y hombre, penetró en las entrañas de la sociedad civil, y toda la impregnó de su fé, de sus preceptos y de sus leyes. Por esto, si remedio

ha de tener el mal que ahora padece la sociedad humana, este remedio no puede ser otro que la restauración de la vida é instituciones cristianas. Cuando las sociedades se desmoronan, exige la rectitud que, si se quieren restaurar, vuelvan á los principios que la dieron el ser.»

Ya lo oís, señores, es preciso restaurar la vida é instituciones cristianas; es preciso que ayudemos, socorramos, enseñemos á nuestros prójimos desafortunados, y para conseguirlo el mismo gran Pontífice designa como lo primero las asociaciones de obreros, llevando su amorosa solicitud hasta determinar cómo deben éstas constituirse y organizarse.

Os requerimos, pues, para que todos nos ayudeis en esta grande obra que nos ha sido encomendada.

El obrero necesita de nuestro auxilio y de nuestra protección. Es bueno; quiere seguir el camino que sus padres le señalaron; no pide una limosna porque sabe ganar honradamente con su trabajo el sustento de su familia; no siente el aguijón de la envidia, antes se complace y se ufana con poner sus fuerzas y su habilidad al servicio de nuestras necesidades, de nuestra comodidad y regalo; en su corazón no anida el ódio, y al descansar de su ruda labor rodeado de la

amante familia, cuando sus pequeñuelos se arrojan llenos de amor al sudoso cuello de su honrado padre, y poco después, á una señal de la buena esposa, juntan sus infantiles manos y sus labios balbucean las acostumbradas oraciones; creed, que de muchos hogares subirá en derechura al cielo, envuelto en aureola de candor y de inocencia, un Padre nuestro por la salud, por la felicidad de sus protectores.

¿Les negareis un recuerdo, una ayuda, un sostén en la desgracia?

Con la cooperación de todos, con un ligero sacrificio de los que pueden, esos obreros tendrán una enseñanza que hoy les es difícil; una unión que les es necesaria; su ánimo se fortalecerá y hará nacer en su corazón sentimientos de orden, de paz, de bondad, de abnegación, si es preciso, sentimientos que la gratitud desarrollará más y más; en las horas amargas, en las tribulaciones, en la desgracia, en la enfermedad, en la vejez, tendrán consuelo, protección y auxilio; y la dulce satisfacción del deber cumplido alcanzará por igual á protectores y protegidos.

Y vosotros, obreros, en cuyo honor se celebra esta fiesta y estamos aquí congregados; en cuyo beneficio se inaugura el Círculo, pensad que de vosotros mismos depende en mucha parte su

prosperidad y el bien que os ha de reportar.

No os dejeis arrastrar por utopias é ideales imposibles de realizar.

Oid lo que dice el Papa, el Padre de los obreros:

«Poseer algo como propio y con exclusión de los demás, es un derecho que dió la naturaleza á todo hombre»..... «Si el obrero presta á otros su fuerza y su industria, las presta con el fin de alcanzar lo necesario para vivir y sustentarse; y por esto, con el trabajo que de su parte pone, adquiere un derecho verdadero y perfecto, no solo para exigir su salario, sinó para hacer de éste el uso que quisiere. Luego, si gastando poco de ese salario ahorra algo, y para tener más seguro este ahorro, fruto de su parsimonia, lo emplea en una finca, síguese que la tal finca no es más que aquel salario bajo otra forma, y, por lo tanto, la finca que el obrero así compró debe ser tan suya propia como lo era el salario que con su trabajo ganó. Ahora bien: en esto precisamente consiste, como fácilmente se deja entender, el dominio de bienes muebles é inmuebles. Luego al empeñarse los socialistas en que los bienes de los particulares pasen á la comunidad, empeoran la condición de los obreros, porque quitándoles la libertad de hacer de su salario el uso que quisieren,

les quitan la esperanza y aun el poder de aumentar sus bienes propios y sacar de ellos otras utilidades»..... Sea, pues, el primer principio y como la base de todo, que no hay más remedio que acomodarse á la condición humana; que en la sociedad civil no pueden todos ser iguales, los altos y los bajos..... Porque ha puesto en los hombres la naturaleza misma grandísimas y muchísimas desigualdades. No son iguales los talentos de todos, ni igual el ingenio, ni la salud, ni las fuerzas; y á la necesaria desigualdad de estas cosas síguese espontáneamente desigualdad en la fortuna. Lo cual es claramente conveniente á la utilidad, así de los particulares, como de la comunidad; porque necesita para su gobierno la vida común de facultades diversas y oficios diversos; y lo que á ejercitar estos oficios diversos principalísimamente mueve á los hombres, es la diversidad de la fortuna de cada uno.»

Entended, pues, que según el sabio Pontífice, la desigualdad es inevitable; que para solucionar los conflictos que pueda originar es forzoso acudir á la Religión y á la Iglesia, y tened muy en cuenta que solo en el bien obrar, en el trabajo y en la fraternidad cristiana podeis encontrar bienestar y alivio á los dolores y amarguras inevitables de esta vida.

Celebrábanse poco há solemnes fiestas en Madrid por la mayoría de edad de S. M. el Rey, y con tal motivo adoptaron los grandes de España el siguiente acuerdo: «La diputación permanente de la grandeza de España, queriendo celebrar dignamente el fausto acontecimiento de la mayoría de edad de S. M. el Rey (q. D. g.), ha creido oportuno conciliar los dos sentimientos tradicionales en la clase, el de respeto y acatamiento al Rey de los Reyes con un solemne «Te-Deum», en la catedral, y el de consideración y cariño á la clase pobre, distribuyendo del fondo que tiene aquella corporación 40.000 pesetas para socorros y desempeño de papeletas en el Monte de piedad, menores de 5 pesetas.»

¿Conoceis algo más hermoso? La grandeza, los más linajudos aristócratas, los que están en la cumbre de la jerarquía social, estiman como lo más digno para celebrar un fausto acontecimiento, unir lo más bello del cristianismo; el homenaje á Dios y el socorro á los menesterosos, á los que quieren y expresamente lo consignan dar muestra de consideración y cariño. ¿Creeis que hay algo en lo humano que pudiera dictar esas palabras, que son sublimes, de los primeros á los últimos en el órden social?

No. Es efecto de la fraternidad cristiana. Lo

mismo el Grande y el Príncipe, en sus palacios, que el más mísero en su cabaña, todos levantan los ojos al cielo diciendo: «Padre nuestro», y cual ondas eléctricas que atraviesan el espacio, esa común oración dirigida al Padre también común produce ondas de fraternidad que se unen para subir enlazadas al cielo.

Fijaos bien: como católicos, sois mucho; como hombres, fuera de esa comunión, no pasareis de la condición de desgraciados.

En resumen, señores, no es dado al hombre cambiar ni modificar las leyes inherentes á la naturaleza humana; los conflictos que surgen, el malestar que se siente, no es efecto de la organización del mundo, debida á sapientísimas disposiciones, reconoce por causa el incumplimiento por nuestra parte de nuestros deberes cívicos y morales, y ya habeis oido que cuando las naciones se desmoronan, si se quieren restaurar, han de volver á los principios que las dieron el ser, y que para ello no hay otro remedio que restaurar la vida é instituciones cristianas.

Esta obra interesa á todos. Al Estado, á los gobernantes, porque los buenos católicos son buenos ciudadanos, obedientes á las leyes, sumisos á las autoridades, amantes del orden y de la paz, y en caso necesario, si la Nación reclamara su au-

xilio, al ondear al viento los sagrados pliegues de esa gloriosa enseña de España, como buenos ciudadanos, se agruparían á su alrededor y ofrecerían su vida en el altar de la patria.

Interesa mucho á la sociedad, á la que no puede serla indiferente que una parte tan considerable de ella sufra y padezca hasta llegar á aborrecer la organización actual. La concordia, dice el Santo Padre, engendra en las cosas hermosura y orden; y al contrario, de una perpétua lucha no puede menos de resultar la confusión junta con una salvaje ferocidad. La Iglesia quiere y con todas sus fuerzas procura, no solo cultivar las almas, sinó también que los proletarios salgan de su tristísimo estado y alcancen mejor suerte.

Atendamos, señores, las palabras del sabio Pontífice. Mirad que la ola se acerca, que la tormenta se agranda y se extiende y sus efectos á todo y á todos han de alcanzar. Ayudad esta obra, que de todos necesita; no la abandoneis, porque pasada la oportunidad, solo habría lugar á estériles lamentaciones ante la indefensión vergonzosa en que dejáramos lo más amado.

Sea este Círculo el arco iris que anuncia bonanza después de la tempestad.

Este solemne acto no puede terminar sin consignar expresivo testimonio de consideración y

gratitud al M. I. Sr. D. Angel Sedano, fundador del Círculo.

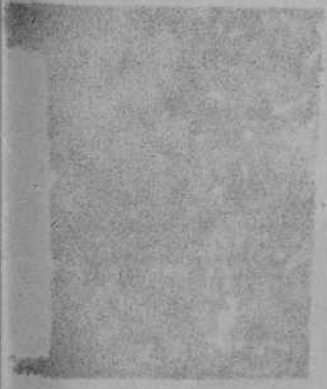
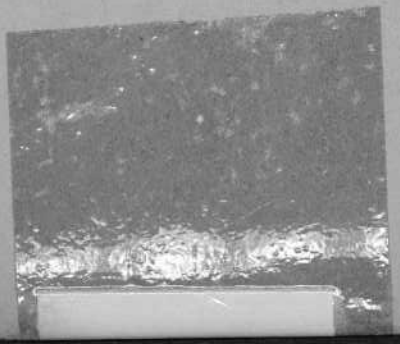
De igual modo, haciéndonos eco del sentir de todos, es gratísimo deber enviar desde este sitio y en tan señalado día, mensaje sentido de gratitud á la magnánima dama, la Srta. D.ª Petronila Casado Pardo por su generosa donación.

Vosotros, obreros, acordaos en vuestras oraciones de los que os protegen y os acompañan, y al recorrer sus nombres, poned junto al de esa virtuosa señorita el del que fué su ilustre padre, D. Policarpo Casado Lostau, honor del foro burgalés, que con su honrado trabajo de toda la vida alcanzó una fortuna que ha servido para construir vuestra casa.

Un ruego final.

Al entregarnos la Srta. D.ª Petronila Casado las llaves de este edificio, nos dijo: Dispongan Vdes. en absoluto de él; solo deseo que procuren el mayor bien de los obreros, y que entre todas las clases sociales haya la mejor armonía, recíproco afecto, para que todos se miren y traten como hermanos.

Esta fué la única recomendación que nos hizo y ella descubre la hermosura de su alma.

Vosotras; que constituís la nota bella y alegre de este acto, á quienes Dios llenó de gracias y

atractivos y puso en vuestro corazón tesoros de bondad, de simpatía, de benevolencia hacia el proletariado, como hacia todo desgraciado; cuya alma noble se extremece siempre de entusiasmo ante toda idea buena y generosa, secundad la iniciativa, el deseo de aquella vuestra distinguida compañera; tomad esta grande obra bajo vuestra protección; moved los corazones para que por todos sea apoyada, y se consiga lo que el gran León XIII tanto recomienda, que sea un hecho la fraternidad cristiana y tenga realidad en la vida práctica aquel hermoso mandato de Jesucristo: «*Yo os doy un precepto nuevo: que os ameis los unos á los otros así como Yo os he amado.*»